



PRAZA
CANTON DA LENA

MERCADO
MUNICIPAL



Sonata de Primavera, segundas pruebas

Vicente Benítez

A mí me vino la conciencia como a los melones le llega la madurez –salvando las distancias–, ese punto de sazón que alcanzan y los convierte en fruta predilecta de la temporada. Yo alcancé ese punto álgido de mi adolescencia cuando frecuentaba el puesto que mi tía Ermelinda gobernaba con regia autoridad en el mercado municipal de A Pobra do Caramiñal.

De esto hace ya bastantes años, debió de ser cuando el viejo Anxo se jubiló, al día siguiente cerró la frutería a cal y canto echando el cierre metálico de persiana, colocó en el exterior un cartelón basto de papel de estraza con unas grandes letras azules, temblorosas e infantiles que rezaba así: “SE VENDE O ALQUILA. Razón: Anxo do Lagar”. Pocos debieron de ser los interesados por la oferta, pues mis tíos, que son de natural muy roñosos y más agarrados que un chotis, lograron a la postre hacerse con el local, eso sí, seguro que regatearon con Anxo hasta la náusea por ahorrarse unos pocos cuartos.

Con la compra del local y casi sin haberlo digerido del todo, había comenzado para mí una particular aventura, la alocada, vertiginosa y adolescente carrera en busca de un aprendizaje que me sirviera para desvelar los secretos que en aquellos días lejanos se me

antojaban crípticos por desconocidos y ajenos. Comencé con cortas idas y venidas que eran ausencias desde el colegio cercano donde estudiaba bachillerato hasta el puesto de mi tía y siempre con el pretexto de llevarle un recado de mi madre –su hermana–; bien un aviso verdadero o, no siendo del todo falso, contarle algún producto de mi imaginación; como quiera, en el recreo primero y entre dos clases más tarde, hacía lo imposible por ir a visitarla. En el aula, sentado a la banca compartida con el resto de mis compañeros, a nada que sujetaba mis carrillos con las palmas de las manos comenzaba a viajar con la imaginación cruzando en un plis-plas la playa del Arenal llegaba a la anhelada tienda que mi tía, en un alarde de inteligencia y genialidad, bautizó como “FRUTERÍA ERME”.

Me veía despachando la fruta detrás del mostrador, pesando la verdura, cortando raíces o desfoliando lechugas con las manos vivas..., y me representaba a mí mismo fuerte y enervado, con la altivez que da un mentón contenido, luciendo bigote o mejor mostacho negro como el pecado o como mi pelo ensortijado y también negro, el mandil verde de tela gruesa, limpio y cuidado, varonil, no festoneado y raído como el usado por tía Ermelinda, elegante como un palmito yendo y viniendo, saliendo y entrando de la tienda, bajando y subiéndolo el torso recién inclinado con precaución de liebre para evitar algún golpe nefasto y mortal..., como la colleja que recibo ahora suministrada por Don Porfirio, el maestro, y que sirve para que aterrice de súbito en el aula, suelte lastre de la quimérica ascensión viajera y venga a caer de pie sobre la tarima hueca de madera, de nuevo frente a la antigua pizarra negra, otra vez esa negritud de pozo que me espanta, esa negrura que me persigue como una querencia primitiva, familiar como el carbón de encina...; acabé como siempre, haciendo una piña con los dedos de las manos y mostrándoselas como una ofrenda votiva a Don Porfirio, quien con ayuda de una regla gruesa de madera pretendía rebajar a golpes planos la pequeña pirámide cuajada de dedos y erizada de uñas. Ese día señalado no lloré como tenía por costumbre, aguanté hasta el recreo, con entereza de frutero advenedizo, los golpes y el acompañamiento: “Moncho, la letra con sangre entra”.

Aquello fue como la coza sobre el aguijón, si lo que pretendían en mi casa era retenerme en la escuela, a partir de aquel momento el porvenir se abrió para mí

como se abre el dondiego de noche y lo vi todo claramente: sería frutero.

Todo el recreo me lo pasé deambulando por el mercado hasta la hora de la comida, es decir, el resto de la jornada estudiantil. Al salir por la puerta sur del mercado y cruzar la calle que ahora se encontraba desierta, me topé de frente con la elegante figura en piedra de granito de la Torre-Pazo de los Bermúdez. En este punto un escalofrío recorrió mi cuerpo al recordar las historias que relatan los pueblenses acerca de este palacete ahora clausurado, pero muy concurrido antaño. Cuentan que allí vivió un tal Ramón, hombre manco y escritor notable de luengas y blancas barbas de chivo que gustaba de ir ataviado con largas capas y ponchos, sombreros mexicanos o de copa, haciendo gala de su particular extravagancia entre los asombrados pueblerinos que lo veían como un chalado, estrafalario, como un ser de otro mundo, pulso y corazón de la tertulia en mitad de la calle frente a la farmacia Tato, o dentro de su rebotica, o bien caminando solitario y cabizbajo, reconcentrado en sus estrambóticas ideas literarias rumbo a la Curota, su santuario, como un piadoso peregrino. Aseguran que cada treinta y seis años vuelve a este pobre mundo, por un tiempo corto nunca medido, con la intención de regalar a sus elegidos las joyas de sus obras.

“En la ventana, siempre abierta, me pareció distinguir una sombra trágica y desolada. ¡Pobre sombra envejecida, arrugada, miedosa...!”

Quise desbrozar de un solo tajo aquellos pensamientos a la vez que salía corriendo a toda velocidad, sin mirar atrás cruzaba el jardín de la Alameda con los macizos cuajados de flores que ya querían despuntar y llegaba sin fuelle a casa, donde me estaban esperando para comer. El recuerdo de la sombra trágica me persiguió hasta la noche.

Mi bautismo de fuego como aprendiz de frutero comenzó el sábado siguiente. Para colmo de males ese mismo día también se instalaba afuera un mercadillo, trashumante y abigarrado como un zoco moruno donde se vendían los artículos más insospechados: lo mismo podían comprarse albardas y serones para un burro que se vendían paraguas y galochas para otros; botas y cubas para el vino o botijos e impermeables



para el agua..., igualmente allí se posaban los adversarios fruteros que vendían las mismas frutas y verduras que mi tía. Esta feroz competencia hizo que fueran los sábados el día de lucimiento, de verduras frescas y lustrosas, del multicolor y reluciente centelleo de las frutas... Ese fatídico día había que hilar fino para vender en el puesto, no había sitio para el solaz inoportuno.

Presuroso recorrí el mercadillo exterior hurtando de la vista el Pazo de los Bermúdez y su funesta sombra, vuelta la negritud como una telaraña de mi imaginación. Entré al mercado municipal por la puerta oeste y al traspasar el umbral me recibió un golpe de olor agrio y marino en la zona de las pescaderías. La gente iba y venía rozándose, con introspección de entomólogos se acercaban al pescado para apreciar su frescura, comparaban las calidades de los géneros de puestos adyacentes chapoteando en el agua persistente del suelo que caía como lágrimas recorriendo pequeños hilos que colgaban de los mostradores como mejillas de piedra jaspeada y salían de por debajo de la base inclinada de hielo y helechos que sustentaba los productos formando una superficie pulida sobre el piso como un espejo.

Oía los gritos violentos, de invocación, de las pescaderas: “pescado fresco”, “mira... vivaass, si saltan de vivas, vivaaaassss”, o los aullidos metálicos y

entrecortados de promoción de sus productos: “fanecas, mexillón”, “nécora y camarón”, “xoubas de Rianxo”, a veces las ondas sonoras de los gritos eran repelidas por los granzidos guturales y refractarios de las verduleras de enfrente que se repetían matemáticos: “tres por uno”, “seis kilos a cien” o “manojos a veinticinco”, y así surgían interesantes combinaciones de palabras como consecuencia de sus estertores: “xurela y pescadilla. ladilla... illa”, “berberecho y japuta... choputa ...uta”. Pescaderas de ojos saltones y caras sonrosadas, con las manos enrojecidas, hinchadas de sal y agua, una salmuera cáustica que le come las huellas, la línea de la vida de la palma y el poco vello del dorso de la mano.

Continuaba el rectángulo del mercado y aparecían en el siguiente lado menor los carniceros, eran hombres callados, afanados en su tarea, atentos a sus piezas y a los miles de cortes diferentes que de ellas pueden cortar, partir o sajar, precisos como el mejor cirujano. Ajenos a los compañeros, este núcleo menestral de manos ensangrentadas se dedicaba a mantener vacilantes y silenciosos diálogos con el cliente: “¿Le pongo el hueso?, ¿se lleva la cabeza?, ¿se lo deshueso todo?”, “¿más fino el filete?”..., sólo los golpes secos de los cuchillones contra el tajo de madera rompían la calma chicha del entorno como lo quiebra el rítmico picoteo de los pájaros carpinteros.



La “Frutería Erme” de mi tía Ermelinda ocupaba una esquina, exactamente la que unía carniceros con fruteros y asimilados. Tenía por vecinos serenos y cofrades a un casquero de nombre Claudio por la derecha, y a Maruxa reina de los encurtidos, por la siniestra. Si se llamaba “Casquería Claudio”, pues eso ponía en el rótulo metálico que la coronaba, nunca entendí por qué los parroquianos se dirigían a él en estos términos: “¿Qué tal Claudillo?”, o “Ponme cuarto y mitad de callos, Excelencia”, o por qué el señor Claudio, que era un hombre risueño y afable, pequeño y fondón, abría la boca para enseñar sus muelas y dar las gracias por la compra sin presentar nunca la menor queja.

De su mostrador de mármol blanco, cerrado como una urna, me gustaban especialmente las caretas de cerdo como máscaras y las cabezas de cordero desollado, al verlas así se me antojaba el escenario ruinoso y lúgubre de una representación teatral, a veces las colocaba una frente a otra, mirándose cara a cara, inmóviles: “Eres más tonto que las cabezas del Claudillo, que pasan veinticuatro horas juntas sin hablarse”, acostumbraba a decir la gente.

Encurtidos y Salazones Maruxa era un local

pequeñito, atestado el frente del mostrador de baldes de plástico rebosantes de aceitunas en salmuera, latas, muchas latas, grandes y pequeñas, redondas y cuadradas, botes de todo tipo. La señora Maruxa me ofrecía chokolatines y otras chucherías a escondidas. Era una mujer gallega, buena, pelirroja y colorada de cara como un pan, vestía una bata siempre muy limpia a cuadros azules y blancos. El rectángulo mercantil lo cerraban las panaderías con su olor a pan caliente, sabor a hogaza y roscas recién horneadas... Mi deportiva curiosidad observó que cada gremio tuviera mandiles de un color diferente; pronto los comparé a equipos de fútbol: así las pescaderas ostentaban mandiles de trapo listado a franjas verdinegras horizontales como el Celtic de Glasgow, en el Pontevedra militarían los carniceros por sus mandiles granates, el verde de los fruteros era como la camisola del Rácing de Ferrol, y el blanco immaculado y merengue de los panaderos, polleros y del señor Claudio el casquero, que por cierto era forofó del Deportivo, jugarían en el Real Madrid.

Mi tía estaba afanada despachando detrás de su mostrador de mármol, delante los rojos tomates, azafranadas zanahorias, pepinos, pimientos, apio y más verduras..., en la pared y sobre unos anaqueles cajas de fruta de diferentes clases, ella de perfil mostrando una barriga muy picuda y un culo excesivamente chato, y yo pensaba que sería la resultante de vectores de fuerza opuestos, si uno tiraba de la barriga para arriba y el vector de fuerza contrario, para compensar el esfuerzo, lo hacía para abajo, hacia el centro de la tierra, aunque al ser de letras nunca lo tuve claro...

“¡Mira que andas enredando Moncho, ya tardabas, ayúdame, anda!” Me espetó mi tía nada más verme, cuando me aproximé al puesto. Yo la ayudaba en todo lo que ella me requería. El mercado en sábado era un bullicio, un tropel de gente sin forma ni color. Era el día de venta por excelencia. Cuando mi tía se quedaba sin compradores, salía de detrás del mostrador y comenzaba el graznido de la bandada de las verduleras: “Frutas y verduras tiernas de la Sierra de Barbanza”, “nueces y castañas de la Curotiña”, “ajopuerro y pimientos del Xobre”, “pimientos de Padrón”... Llegaron cinco o seis clientas a su reclamo y a mí, que estaba al lado de ellas, no se me ocurrió más que decir en alto saber con exactitud la procedencia de aquellas vituallas, que lo había visto esa misma

mañana con mis propios ojos: toda la fruta y verdura salía del Renault 4 furgón de mi tío, que después de apilados en la carretilla de ruedas chirriantes, los entraba en el mercado, así que ni Curotiña, ni Barbanza ni qué niño muerto. Aquella noche dormí caliente, recibí unos buenos pescozones y sopapos por deslenguado, aunque lo que más me dolió, fue llevar desde aquel día el remoquete de Corto, tal que desde entonces comenzaron a llamarme “Monchito el Corto”.

Después del jolgorio de las mañanas, las tardes en el mercado transcurrían apaciblemente. Mi tía Ermelinda pasaba a la tienda de encurtidos de la señora Maruxa para escuchar la adictiva y vespertina novela radiada de las tardes “Simplemente María”; colocaban la radio exactamente entre las dos, sentadas en bajos taburetes la encendían como si de un rito o exorcismo se tratase y comenzaban a salir agudas y rechinantes voces hasta que Maruxa situaba con precisión la saetilla del dial que se movía por detrás de un panel frontal de cristal con los nombres de las ciudades grabadas al tresbolillo. La radio tenía una carcasa de madera exterior, en la parte inferior teclas blancas de hueso como las de un piano y en el frontal dos botones redondos y nacarados, simétricos a cada lado, para regular el volumen y la sintonía. Como a las tardes generalmente las pescaderas no abrían, el mercado estaba desangelado y mudo, y al arrancar la novela el silencio en la bóveda se hacía absoluto, de cementerio.

Mientras duraba el serial, yo me tumbaba a descansar sobre los sacos de patatas que había en el suelo, por debajo del mostrador. Alcé la vista y por vez primera me fijé en un gran cartel pegado en un lateral de la tienda: era el busto de un hombre extrañamente dibujado, al acercarme pude comprobar que era copia de una pintura antigua donde el pintor aprovechó las frutas y hortalizas para disponerlas convenientemente y crear la ilusión de un busto varonil. Sin pérdida de tiempo me puse manos a la obra. Queriendo emular al artista, haría una réplica exacta de su creación, real, para deleite de los clientes. Un pepino para la nariz; pera, limón y cereza formarían el ojo, una gran pera sería la barbilla, su pómulo un melocotón..., en esas estaba tan abstraído con mi tarea que alguien me



chisteó desde fuera: “¡Buenas, hijo!”, “¿Qué desea? –le pregunté—. “Pues verás..., es que siempre me quedo con algo de hambre después de la comida, ya sabes, sólo por prescripción médica, ¡eh!, así que te agradecería me dieras algo para llevarme a la boca”. Me dio lástima aquel hombre mayor que emergía ante mí como una aparición nebulosa y anticuada: tocado con boina negra, ancha, de carlista viejo, vestía capa y usaba redondos lentes de carey, y tenía una voz peculiar, tierna, apasionada y sumisa. “*Yo mismo al oírla, sentí su extraño poder de seducción*”. Él mismo escogió del mostrador varias manzanas. “Muchacho, te suplico aceptes como pago estas hojas escritas por mí, ya que el día de mañana tendrán un valor incalculable”. Me dejó cinco o seis holandesas escritas con buena caligrafía, afilada y bella; de no ser por lo ocupado que estaba las hubiera leído al punto, pero las guardé para mejor ocasión en una caja de zapatos con “coles de Bruselas” que arrojé directamente a la basura. Seguí ensimismado con mi obra sin reparar en el tiempo ni ahorro en los medios, en el busto el corazón era una alcachofa izada que salía vertical desde el pecho..., cuando mi tía ya estaba sobre mi cogote arreándome candela de nuevo:



“Maleante. ¡No enredes Moncho que vas podreecer las patacas!” “Ay, Dios mío, pero... ¿Qué has hecho desgraciado?” “Me vas a arruinar, mal criado”, y otras lindezas por el estilo.

Cada tarde a la misma hora de la radionovela volvía aquel hombre de la boina, en silencio, de forma maquinal ejecutaba el trueque: cogía mis manzanas y me entregaba sus papeles que yo atesoraba celosamente en mi caja de zapatos. Para entonces yo guardaba las formas dentro de la tienda, aunque siguiera echado sobre las patatas y mi tía de vez en cuando me reconviniere gruñendo al aire, sin verme: “¡No enredes Moncho que vas podreecer las patacas!” Mientras yo respondía sin moverme de encima de los sacos: “No te preocupes tía, que estoy de pie”. Así fueron pasando las tardes entre manzanas, papeles y patatas, caja de zapatos, series de radio sensibileras y lloronas, y el grito tenaz y recurrente de mi tía: “¡No enredes Moncho que vas podreecer las patacas!” Para evitar el tedio comencé a leer las hojas manuscritas y enclaustradas que en el futuro me liberarían del trabajo diario.

Algo debió ocurrir aquella tarde en la novela o en el pueblo de A Pobra para que se presentara en el mercado la mujer de Dionisio Cangallo acompañada

de sus cinco famélicas hijas, las cinco Marías... Presentía el pálpito, la madurez de la conciencia del amor. “*En achaques de amor, ¿quién no ha pecado alguna vez? Yo estoy íntimamente convencido de que el Diablo tienta siempre a los mejores*”. Mi corazón de enhiesta alcachofa pegó un brinco verdulero que casi me destroza el mandil al ver a Charito envuelta en un vaporoso vestido blanco de lino —en realidad un toscopichi talar trufado de lamparones—, bella, aunque no era especialmente guapa —de una “rara hermosura”, se podría decir—, con muchas pecas, pocos dientes y unos mocos que le cubrían la cara..., pero en mi mente ya comenzaba el hervor, el delirio quijotesco recompensa de las lecturas. Fijé la vista, mirando sin ver, y sólo llegué a columbrar ante mí la falsa evidencia de lo escrito:

“María del Rosario era pálida, con los ojos negros, llenos de luz ardiente y lánguida... se retiraron en silencio, despidiéndose de mí con una sonrisa, que era a la vez tímida y amable... creo que además de sus labios me sonrieron sus ojos, pero han pasado tantos años que no puedo asegurarlo. Lo que recuerdo todavía es que viéndola alejarse, sentí que una nube de vaga tristeza me cubría el alma. Yo guardé silencio, porque he creído que la bondad de las mujeres es todavía más efímera que su hermosura”.

Después de la jornada laboral en el mercado, dejé a mi tía en el puesto y me fui a la búsqueda de Charito. Subí hasta la Casa del Patín, cerca ya del Lagar, y cuando las sombras de la noche apartaban la luz, la pude ver en la distancia, cerca del Crucero:

“Aquella noche el cornudo monarca del abismo encendió mi sangre con su aliento de llamas y despertó mi carne flaca, fustigándola con su rabo negro... No puedo decir lo que entonces pasó por mí. Creo que primero fue un impulso ardiente, y después una sacudida fría y cruel. Sobre el hombro de María Rosario estaba posada una paloma, y en aquel cándido suceso yo hallé la gracia y el misterio de una alegoría”.

Al día siguiente aumentó más la fiebre comatosa de aquella enajenación de caballero “de la triste figura”. El no estar cursado en esto de las aventuras amorosas trocaba la cruda realidad en visión quimérica de las “Hilanderas” de Velázquez:

“María Rosario permanecía silenciosa, y bordaba lentamente como si soñase. Temblaba en las agujas el hilo de oro, y bajo los dedos de las cinco doncellas nacían las rosas y los lirios de la flora celeste que puebla los paños



sagrados. De improviso, en medio de aquella paz, resonaron tres aldabadas... María Rosario, con los ojos arrasados de lágrimas, guardaba lentamente sus agujas y su hilo de oro. Yo la veía en el otro extremo del salón, inclinada sobre un menudo y cincelado cofre que sostenía abierto en el regazo... Sin duda rezaba en voz baja, porque sus labios se movían débilmente. En su mejilla temblaba la sombra de las pestañas, y yo sentía que en el fondo de mi alma aquel rostro pálido temblaba con el encanto misterioso y poético que tiembla en el fondo de un lago el rostro de la luna. Aquella niña era cruel como todas las santas que tremolan en la tersa diestra la palma virginal. Confieso que yo tengo predilección por aquellas otras que primero han sido grandes pecadoras. Desgraciadamente María Rosario nunca quiso comprender que era su destino mucho menos bello que el de María de Magdala. La pobre no sabía que lo mejor de la santidad son las tentaciones”.

Abordé a Charito en la Alameda, cerca ya del Pazo Bermúdez. Deseaba allí entregarle mi amor a la señora de este cautivo corazón.

“Como una flor sensitiva, María Rosario temblaba bajo mis ojos. Yo adivinaba el anhelo y el temor de hablarme. De pronto me miró ansiosa, parpadeando como si saliese de un sueño. Con los brazos tendidos

hacia mí, murmuro arrebatada, casi violenta:

—¡Sois brujo...! ¡Por favor, dejadme!

¡Fue Satanás! ¡Fue Satanás...! Aún resuena en mi oído aquel grito angustiado de María Rosario. Sentí miedo. Al desaparecer bajo el arco de la plaza, volví los ojos llenos de lágrimas para enviarle un adiós al Palacio... En la ventana, siempre abierta, me pareció distinguir una sombra trágica y desolada. ¡Pobre sombra envejecida, arrugada, miedosa que vaga todavía por aquellas instancias, y todavía cree verme acechándola en la oscuridad! Me contaron que ahora, al cabo de tantos años, ya repite sin pasión, sin duelo, con la monotonía de una vieja que reza: ¡Fue Satanás!”.

La primera vez que viajé a Santiago de Compostela fue después de aquellas fiebres y poco antes de que me tallaran para el servicio militar. Junto con la maleta de madera llevaba como oro en paño mi caja de zapatos repleta de objetos preciosos, aquellos que serían tan provechosos para mí, que mudarían mi vida. Al llegar a Santiago me dirigí directamente a una imprenta del casco viejo a fin de contar la historia de los papeles, pero fue el propio impresor quien me

recomendó la visita a un editor cercano que se encargaba de las correcciones de estilo, reediciones y la impresión de galeradas. Le mostré mi tesoro como una primicia, todas mis riquezas escondidas en aquella ruín caja de zapatos, que él abrió con naturalidad, como si de zapatos se tratara realmente. No quise, no supe o quizás no pude en aquel momento revelar el origen de los manuscritos. Algo me paralizaba y me impedía pensar, hablar, seguir el discurso lógico de los argumentos. Pasados varios minutos el editor rompió el silencio.

–Mire, buen hombre –dijo templadamente, y me miró con aire comprensivo como se mira a los idos, creyendo seguramente que yo mismo fuera el amanuense–, Lo escrito aquí se publicó hace más de treinta y seis años con el nombre de *Sonata de Primavera*. Lo escribió Don Ramón María del Valle-Inclán, que se inspiró ciertamente en A Pobra do Caramiñal y la Sierra de Barbanza, sus lugares de reposo. Pero esto que usted me presenta hoy es con toda claridad una burda copia, un plagio rotundo de esa sonata reescrita por cualquier persona, por lo

tanto, carece de valor, no tiene ningún interés, no vale nada, NADA, ¡NA-DA!

Desengañado y triste como la lechera del cuento regresé a A Pobra do Caramiñal en coche de línea. ¡Quién podría creerme a mí, a Monchito el Corto! ¡Quién se iba a creer que el manuscrito lo escribió realmente el marqués de Bradomín, aquel buen hombre que me cambiaba manzanas por virginal poesía y no ese otro Ramón de no sé qué! ¡Si el mismo marqués me lo confirmó el último día!

“Estas páginas son un fragmento de las *Memorias Amables*, que ya muy viejo empezó a escribir en la emigración el marqués de Bradomín. Un Don Juan admirable. ¡El más admirable, tal vez! Era feo, católico y sentimental”.

Las dos últimas cualidades las desconocía, de la primera doy fe.

Vicente Benítez

NOTA: Las frases escritas en letra cursiva pertenecen a la novela Sonata de Primavera del escritor Valle-Inclán.

MERCADO MUNICIPAL DE A POBRA DO CARAMINAL. PONTEVEDRA



El Mercado Municipal de A Pobra do Caramiñal se encuentra situado entre el puerto y la playa del Arenal, al lado de la Torre Bermúdez, hoy museo de Valle-Inclán.

El actual mercado municipal fue inaugurado en marzo de 2006 y se construyó sobre el antiguo, creado en 1963 para acoger la venta directa de pescados y mariscos principalmente. Sufrió en los años ochenta y noventa varias modificaciones hasta ser derribado para la edificación del actual. Es un edificio moderno, erigido en piedra de granito y cristal que consta de dos plantas, dedicándose a mercado exclusivamente la inferior y reservando la superior al negocio de restauración (hoy gestionado por el restaurante “A terraza de Chicolino”), donde desde una terraza volada que se extiende por el frontal del edificio ofrece unas vistas hermosísimas y la inigualable panorámica de la bahía, puerto, península del Xobre y fondo de la ría de Arousa.